

## LA POESIA FEMENINA ESPAÑOLA ACTUAL

**H**ACE más de 30 años que un gran poeta nuestro publicó la Antología que a su entender expresaba mejor la entonces joven lírica española. Y sólo pudo permitirse el *lujo* de incluir en ella dos (creo no recordar mal) nombres femeninos. Si bien eso no significaría cosa decisiva en un país en el cual la obra de mujer corre riesgos mayores que la de varón, la verdad es que ahora ya no podría hacerlo pues nuestra nómina poética femenina rebasa tan exiguo número. Lo cual tampoco obsta para que, recentísimamente, haya aparecido un epítome de literatura destinado a futuros bachilleres, *manco*. Y para que circule, con escaso crédito, una historieta de nuestra literatura que incide en el habitual misoginismo intelectual.

La realidad contante y sonante es que yo misma publiqué en 1954 una *Antología de Poesía Femenina Española Viviente* que, aunque mutilada por últimas necesidades de ajuste, alcanzó la cifra de 26 poetisas, todas buenas. Desde entonces, diez años, se ha sumado media docena de nombres más, indiscutibles. Es decir, que si en el siglo XIX contamos con la universal importancia lírica de la Avellaneda, Rosalía de Castro, Carolina Coronado, y en los primeros treinta años del XX con una juvenil promoción poética (de la que aquella que mayor obra realizaría ni siquiera figuraba en la célebre Antología de G. Diego) de limitado hacer hasta entonces, actualmente poseemos un compacto grupo de poetisas de compleja significación.

La literatura femenina española adquirió, después de 1939, un tremendo impulso ascensivo. Hubo —y con respecto a las artes en general— una digamos *inflación* de valores: lógica, si se tiene en cuenta que la dispersión o la anulación de escritores había sido abundante, y urgía reem-



plazar hasta donde fuere posible, lo no operante por tan distintas causas. Pero ello no podía llevar consigo, y no lo llevó, la renuncia total por parte de los que seguían viviendo aquí, en su patria, el ejercicio literario; máxime cuando precisamente las circunstancias recién vividas proporcionaron una carga tremenda de experiencias dramáticas de primera mano que constituían material propicio para poetizar —y novelar— acerca de muchos temas con pleno conocimiento de causa. La nueva generación literaria que no llegaba (al menos no se la reconocía como tal) en calidad de «aprendiza», poseía por anticipado una riqueza real superior a la imaginativa; incluso se desdenaba lo imaginativo, por *literario*. La historia se impuso con pesantez trágica.

La literatura femenina, beneficiándose de las cosas recién aprendidas y recordando las que se llevan en la sangre, ofrece desde entonces una obra propia, sin el mimetismo a que estaba acostumbrada la misma anterior literatura. Infinitas experiencias de dolor particular y colectivo nos fueron facultando para decir con propiedad lo que sabemos, como mujeres con vida consciente, del sentimiento y del ensueño. Lo más interesante de la actual lírica femenina de España es que ha hallado sus temas en un vasto mundo de sensibilidad que, hasta hoy, no era habitual de las poetisas. El amor, el dolor, la muerte, patrias fundamentales del Arte, son cantados hoy con nueva voz que es, sin embargo, la eterna.

Rimbaud declaró que estaba cansado de «la poesía femenina»: de la poesía tratada como una tarea doméstica, que continuaba a la mujer no como ella era en realidad sino como querían verla los hombres de su tiempo. El problema de la creación estética era, y sigue siéndolo, distinto para cada sexo. Y se preguntaba Rimbaud «si la mujer encontraría lo desconocido, y si sus mundos de ideas diferirían de los que los hombres mantienen...». Por su parte, Rilke —ya en nuestro tiempo— afirma en sus «Cartas a un Amigo» que «llegará un día en que aparecerá la mujer cuyo nombre ya no significará algo opuesto al hombre, sino algo propio e independiente; nada que haga pensar en complemento ni en límite, sino únicamente en vida y en ser: el Humano Femenino».

Ese Humano Femenino anunciado por Rilke es el que existe ya entre nosotros, como Humano Femenino Poético. La mujer española ha encontrado, como presentía Rimbaud, su propia e insustituible condición; la cual al manifestarse libremente, es todo un país con sus ríos, cordilleras, vegetaciones propios.



Todos los que leen con atención e interés de enterarse habrán advertido que la poetisa de hoy se presenta con una voz distinta de la que secularmente empleaba para dirigirse al mundo exterior. La tremenda convulsión de la tragedia bélica, nacional y mundial, se registra en nuestra sensibilidad, y ya no se conforma con cantar aquellos temas que el hombre prefería para que ella los cantara. Algo más grave y humano ha penetrado en nuestra lírica: la responsabilidad de nuestro destino de mujeres, parte, como el hombre, de la Creación; y como él responsable del bien y del mal de todos. La poesía femenina española es grave, tiene angustia, y contiene una influencia —demostrable— mística. Mística a lo humano, como Santa Teresa lo fuera a lo divino.

Hace poco tiempo, en 1958, al prologar con entusiasmo un hermoso libro de una de nuestras mejores poetisas, Angela Figuera Aymerich, el poeta español Luis León Felipe declaraba «que al otro lado del mar, los españoles del éxodo y el viento, estaban asombrados y atónitos oyendo cantar con esperanza, con ira, sin miedos... a los que se quedaron en la casa paterna...» Y, con generosa rectificación confesaba que los poetas voluntariamente o no exiliados «no se habían llevado el salmo... Y que al final todo se había hecho grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de «un idiota llenas de estrépito y de furia» que se perdieron en el vacío como burbujas de hiel... Habiéndose quedado luego todos mudos... ¡Desterrados y mudos! «De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestras, de tanto caminar, de tanto llanto e injusticia... no brotó el poeta».

Con dolor de poetas, lo hemos ido comprobando a lo largo de tantos años. Como con alegría de poetas hemos corroborado nuestra obra de mujeres poetas. Nosotras sí que tenemos el salmo y la pluma. Gracias por reconocerlo y proclamarlo, León Felipe, ya que así lo dijiste a una de las nuestras. Porque nosotras comprendimos que no tenemos más que una corta vida humana (y en España, ¡ay!, más corta que en otros países) y en ella debíamos, teníamos, queríamos realizar nuestra obra. Aquí está. Hecha. En marcha ascensiva. Independiente. Aislada de toda posible contaminación. No creo que haya nadie que pueda señalarnos ni un solo verso que doble su espinazo ante ninguna consigna. Poesía arrebatada de amor amoroso, de amor por las criaturas, de amor por Dios, de amor por la naturaleza, pero poesía.

